

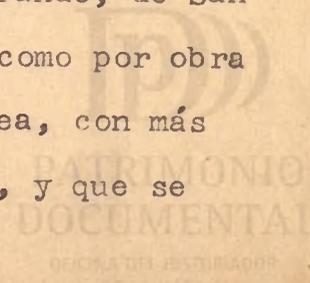
U

EN EL CINCUENTENARIO DE LA HABANA REPUBLICANA (1)

Por Emilio Roig de Leuchsenring.

El cubano o el extranjero que hubiese abandonado nuestras playas en los últimos años de la dominación española y visitase ahora, por vez primera desde entonces, la ciudad de La Habana, recibiría sorpresa y asombro tan extraordinarios con la transformación casi total que durante ese corto lapso de cincuenta años se ha realizado en La Habana, que le parecería otra ciudad, completamente distinta a la que antaño conoció, pero sin haber perdido por ello el encanto de vieja ciudad colonial en su zona llamada de Intramuros.

Y así es en efecto. De aquella pequeña, apacible y modesta población que en 1899 no llegaba a 250,000 habitantes, con sus calles estrechas, tortuosas; sus costumbres ^{ig}genuas y sencillas, por lo provincianas; sus casonas de una a dos plantas, palacios de familias pudientes de la época, y las quintas de recreo que poseían en los que entonces eran lugares de temporada: el Cerro, Jesús del Monte, el Vedado; sus abandonados y sucios establecimientos comerciales; sus pesados carretones y carromatos, o sus desvencijadas guaguas, sus quitrines y coches de alquiler, sus tranvías arrastrados por fuerza animal; su alumbrado de aceite, petróleo o gas...; de aquella vieja ciudad, aldea grande, de San Cristóbal de La Habana, ha surgido en medio siglo, como por obra de encantamiento, esta maravillosa urbe contemporánea, con más de 700,000 habitantes, sólo en el Termino Municipal, y que se



desborda sobre los municipios limítrofes, unidos de hecho a la Capital y formando parte integrante de la misma; de aspecto y costumbres cosmopolitas, grandiosa, activa, en ininterrumpido crecimiento y progreso material, comercial, industrial urbanístico, cultural, en comunicación por mar y aire con todo el mundo civilizado, centro de las rutas que unen a las naciones americanas entre sí y al Nuevo Mundo con el Mundo Antiguo, convertida ya en la primera metrópoli del Caribe y una de las más bellas y ricas de América, para orgullo de sus habitantes y admiración del turista internacional.

Tal es esta Habana, una de cuyas más relevantes características consiste en poseer esa doble personalidad de ciudad a la vez muy antigua y muy moderna. Esa Habana antigua con sus viejos castillos, iglesias y palacetes, con sus plazas, callejuelas y rincones pintorescos. Esa Habana moderna de las grandes avenidas, espléndidos edificios, magníficos paseos, suntuosos clubs y hermosísimos repartos. Esa Habana, que al decir de Manuel Villa- verde, "blanca más que Jerusalén, tiene tres amantes rivales: el sol, el mar y el céfiro".

No es posible que dejemos de señalar la importancia preponderante de La Habana en la vida cultural y espiritual de nuestro país; su aporte, el más considerable, sin comparación, a la formación de la conciencia nacional; la fecunda labor desenvuelta en el campo de las letras, las ciencias y las artes por muchos y muy ilustres hijos de La Habana, que en todo tiempo, supieron por su talento, su saber y su fervoroso y desinteresado patriotismo, al servicio del bienestar del país.

Por todos esos motivos expresados es por lo que La Habana,

capital política de la Colonia desde la segunda mitad del siglo XVI, y de la República, ha sido igualmente, en todo tiempo, centro de irradiación cultural, capital intelectual de Cuba.

En cuanto a la población, el crecimiento ha sido extraordinario, pues de 242,055, habitantes que tenía, según el censo realizado por el Gobierno Interventor norteamericano, 1899, cuenta ahora con más de 700 mil habitantes, en sólo el término municipal de La Habana, sin incluir las que de hecho son naturales prolongaciones de nuestra Capital, o sean, los otros términos municipales limítrofes, especialmente, el de Marianao.

Muchos son los viejos parques y plazas coloniales que han sido, unos restaurados y hermoseados, y otros totalmente transformados y modernizados.

En la Plaza de Armas, que fué desde fines del siglo XVI, como dice José María de la Torre, en La Habana Antigua y Moderna, "el centro de donde irradió la población", - aunque de plaza sólo tenía el nombre -, al ser construídas en ella, en las postrimerías del siglo XVIII, cerca del Castillo de La Fuerza, la Casa del Gobernador y de los Señores Capitulares y la del Intendente o del Segundo Cabo, la primera intervención militar norteamericana quitó por completo a aquel lugar su característica de bello rincón colonial, hasta que en los edificios circundantes de la Plaza de Armas se realizaron adecuadas e inteligentes restauraciones: fué primero, en 1926 el palacete de la Intendencia o del Segundo Cabo, dedicado entonces al Senado republicano, hoy residencia del Tribunal Supremo; después, al año siguiente, el Templete; y por

último, en 1930, la Casa de Gobierno, consagrada ya exclusivamente a Palacio Municipal; fueron dirigidas y ejecutadas todas esas obras restauradoras por los señores Evelio Govantes y Félix Cabarrucas, la primera de ellas por iniciativa del Dr. Clemente ~~III~~-~~IV~~ Vázquez Bello, presidente de la Alta Cámara, y las demás, del Dr. Miguel Mariano Gómez, ~~■~~ Alcalde Municipal. Y en 1935, durante la administración del alcalde Dr. Guillermo Belt, el arquitecto Emilio Vasconcelos, devolvió al parque de dicha plaza su típica y bella característica colonial.

En otros de los más bellos rincones de La Habana colonial, es la Plaza de la Catedral, todas sus edificaciones, así como el atrio de la Catedral y la pavimentación de la Plaza, fueron restauradas en 1935 por el arquitecto Luis Bay, y en 1950, por iniciativa de S. E. el Cardenal Manuel Arteaga, Arzobispo de La Habana, el arquitecto Cristóbal Martínez Márquez restauró el interior de la Catedral.

Además de la Plaza de Armas y la Plaza de la Catedral, en otras plazas y paseos, cuya construcción data de los tiempos coloniales, se han llevado a cabo, bajo la República, obras de embellecimiento; en la Plaza Vieja y la Plaza del Cristo; así como en el Paseo de Carlos III y la Alameda de Paula. Y han sido transformados por completo; el Nuevo Prado o la Alameda de ■ Isabel II (Paseo de Martí), el Parque Central, y el Campo de Marte ■ hoy Plaza de la Fraternidad Americana, en cuyo centro se levanta la ceiba simbólica de la unión entre los pueblos del Continente, sembrada en 1928 con tierras de todas las naciones del Nuevo Mundo, y donde se alzan los bustos de los grandes fundadores americanos: Bolívar, Juárez, Lincoln, Petión, San Martín, Artigas y Morazán.

Los principales parques, paseos y plazas de La Habana contemporánea son: el Malecón, la preciosa avenida costera que se extiende desde el puerto hasta la calle G, del Vedado, y terminará en el río Almendares, presentando bella teoría de espléndidos edificios, de magníficos monumentos, como los de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo y el consagrado a las víctimas de la voladura del crucero norteamericano Maine; los parques donde se encuentran enclavados esos monumentos; los que adornan las importantísimas barriadas del Vedado, Jesús del Monte, la Víbora y el Cerro, entre los que sobresalen, los de Gonzalo de Quesada, Víctor Hugo, Mariana Grajales, Menocal, Pasteur, Carmelo, Emilia de Córdoba, Lawton; y, por último, los parques recientemente contruidos en el litoral del puerto, tales como los de Luz Caballero, del Anfiteatro Municipal, y de Enrique José Varona; y los muy recientes de la Vía Blanca, como el del Uruguay, la Virgen del Camino y otros.

Recientemente se ha creado, en el Vedado, con frente sobre la calle 26 en su ampliación hacia la carretera de Rancho Boyeros, el Jardín Zoológico, muy bella y cómodamente acondicionado, con amplias facilidades de expansión, y que contiene además un parque de diversiones para los niños.

Es esta una de las faltas que más se hacen sentir en nuestra capital: la de terrenos de juegos y campos de deportes para niños y adolescentes. Apenas existe más que el hermoso campo de juegos llamado José Martí, en el Vedado.

Es de lamentarse también, que no se haya culminado la obra importantísima del Bosque de La Habana.

En cambio puede señalarse, entre los progresos de la era re-

publicana en nuestra capital, la construcción de dos grandes estadios, propiedad de empresas particulares: el Stadium de La Tropical, en la Calzada de Columbia (Municipio de Marianao), y el modernísimo Stadium del Cerro, en los cuales se celebran los grandes desafíos de base-ball y otros actos deportivos. El Estado, por su parte, ha edificado en el barrio del Vedado, junto al mar, el llamado Palacio de los Deportes, bastante desdichado en lo ~~m~~ arquitectónico, pero amplísimo y con grandes facilidades para mucho espectáculo deportivo. Entre sus grandes edificios nuevos, la Universidad cuenta con un hermoso Stadium Universitario, admirablemente emplazado.

En 1936, a iniciativa y por estudio nuestro, se comenzó a realizar la regulación de los nombres de las calles de La Habana, por Decreto Ley de 13 de enero de ese año, restituyéndose los nombres antiguos y tradicionales que habían sido cambiados, inconsultamente las más de las veces, desde el cese de la dominación española hasta esa fecha, y suprimiéndose todo nombre antiguo que hiriese el sentimiento patriótico cubano. Estableciéronse las siguientes bases de carácter general, que son normas obligatorias para la denominación de las nuevas calles del término municipal.

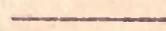
"Ninguna calle llevará el nombre de persona que se encuentre viva.

"No se dará a calle alguna el nombre de persona que tenga menos de diez años de fallecida".

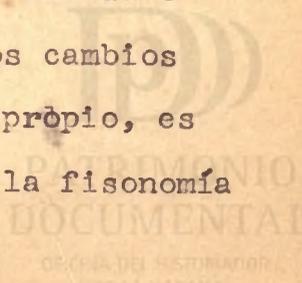
En 1938 completamos ese estudio con otro tendiente a poner coto al confusionismo existente en lo que se refiere a la repetición de los mismos nombres - dos, tres, cuatro y hasta cinco veces - en diversas calles, pertenecientes a otros tantos barrios o repartos, pero todas dentro del propio término municipal, lo

cual la buena lógica recomendaba que fuese rectificado, Y así lo hizo el señor alcalde Dr. Antonio Beruff Mendieta, por mensaje de 7 de septiembre, en el que incluía el citado trabajo nuestro, y que fué aprobado por el Ayuntamiento en sesiones de 2 de mayo de 1939 y 25 de noviembre de 1940, aunque aún faltan por imponer en estas últimas cien calles, las tarjas con los nombres que desde entonces ostentan oficialmente.

Durante la administración del referido Alcalde, se llevó también a cabo la rotulación de todas las demás calles y la numeración de las casas de todo el término municipal de La Habana.



Hay pocas ciudades en el mundo que puedan jactarse de poseer a quince minutos en automóvil del centro de la ciudad, millas y millas cuadradas de espléndidas residencias modernas, enmarcadas por bellos jardines, entre las que se encuentran a cada paso ricos palacios, dotados del mayor lujo y buen gusto, y con amplias y majestuosas avenidas, anchas ~~y~~ aceras bordeadas de árboles. Estos repartos, de los que el Vedado, a despecho de su magnificencia, no es sino el más antiguo y el más ~~en~~ cercano al centro de la ciudad vieja, constituyen la nota más característica y preciada de la moderna Habana; son verdaderas ciudades nuevas, construídas de acuerdo con todos los requisitos de la higiene, el confort y la estética, los cuales se alcanzan hoy en lugares que antes de la República eran, en su casi totalidad o fincas rústicas o terrenos despoblados. Entre tantos cambios experimentados por nuestra ciudad bajo el gobierno propio, es éste el que más radical y extensamente ha alterado la fisonomía de la que fuera urbe colonial.



Los más importantes de estos barrios nuevos o "repartos" son los siguientes:

Ensanche de La Habana, Quinta del Obispo, Lawton, y sus ampliaciones, Acosta, Vivanco y sus ampliaciones, Loma del Mazo, Loma de Chaple, Alturas de la Víbora, El Sevillano, Buena Vista, Batista, Requena, Las Cañas, La Purísima, Chaple, Santa Amalia, San José de Bella Vista, La Asunción, La Fernanda, Canteras de San Miguel, Palatino, Puentes Grandes. El más moderno de todos es la bellísima Ampliación del Vedado, situada sobre una meseta que domina la margen oriental del Almendares.

Toda esta serie de hermosísimos y extensos "repartos", también de modernísima edificación, si bien pertenecen administrativamente al vecino término municipal de Marianao, por el hecho de hallarse en la más estrecha proximidad con La Habana, - de la que los separa el río Almendares -, y porque muchísimos de sus residentes desarrollan sus actividades en la capital, y el tránsito entre aquéllos y ésta es intensísimo y constante, pueden considerarse hasta cierto punto como una extensión de la urbe habanera, a cuya belleza contribuyen poderosamente con su ambiente claro, amable, risueño, la gracia de sus jardines y la elegancia y, muchas veces, aun la opulencia de sus residencias. Son las barriadas de Miramar, La Sierra, Kohly, Almendares, Ampliación de Almendares, Nicanor del Campo, Querejeta y otros, que llegan ya a tocar con la Playa de Marianao.

